



CUARTA LECCION

LA NACIÓN FRANCESA Y LA NACIÓN ALEMANA

Señoras y señores:

En la primera lección que he tenido el honor de explicar en esta Universidad decía que lo que caracteriza la evolución de la noción de soberanía nacional está en que el concepto de Estado-nación substituye al de Estado-poder, y que en el momento en que la guerra de las naciones ha estallado, dos grandes países encarnaban, uno y otro, estos dos conceptos: Francia, el del Estado-nación; Alemania, el del Estado-poder. Yo añadía que la gran fecha de 11 de noviembre de 1918 había señalado la victoria del Estado-nación sobre el Estado-poder.

Nada hay que pueda ilustrar mejor esta proposición y, al mismo tiempo, poner de relieve los dos conceptos opuestos de Estado-nación y de Estado-poder, así como determinar las condiciones en las cuales se han constituido la nación francesa y la nación alemana, y mostrar al propio tiempo

los caracteres predominantes con los que la una y la otra aparecían en el momento en que la gran guerra ha estallado.

Para estudiar a fondo este hermoso y extenso tema sería necesario dedicarle numerosas lecciones. Además, no está en mi intención exponerlo en sus detalles, sino indicar solamente las etapas principales de la formación de las dos naciones y los elementos esenciales que las caracterizan.

Si toda fórmula general no tuviese forzosamente algo de artificial, yo diría que lo que distingue esencialmente la formación de la nación francesa de la nación alemana está en que la fuerza que sobre todo ha contribuido a constituir la nación francesa ha venido de abajo, del pueblo, y la que, por el contrario, ha sido el elemento principal de la formación nacional alemana ha venido de lo alto, del poder superior y autoritario.

Digo esto, pero hago al mismo tiempo las salvedades necesarias, toda vez que sería un grave error histórico el creer que la acción de la Monarquía francesa no ha sido un factor poderoso para la constitución de la unidad nacional, y que en la formación nacional alemana no ha intervenido elemento alguno de origen popular. Ciertamente, en Francia, la Monarquía ha ejerci-

do cierta acción en el establecimiento de la unidad nacional, y en Alemania, la opinión pública, en su espontaneidad, la conciencia de un origen común, la identidad de lengua, han contribuído en gran parte a la formación de la nación. A pesar de esto, creo que puede verdaderamente afirmarse: en Francia, la nación se ha hecho a sí misma; es el pueblo de Francia el que ha creado la nación francesa; al otro lado del Rhin, es el poder monárquico el que ha creado la nación alemana.

I

Cuando en nuestra segunda reunión, después de haber hablado de la ciudad antigua, llegué a determinar los caracteres de la nación moderna, he hablado de un acto célebre en la historia de Europa: el Tratado celebrado a mediados del siglo ix entre los tres nietos de Carlomagno: Carlos el Calvo, Lotario y Luis el Germánico, Tratado que lleva un nombre predestinado: Verdún, que está en el origen lejano de nuestra historia nacional; Verdún, que simboliza hoy la unidad indefectible del alma francesa.

Los territorios adscritos al lote de Carlos

el Calvo correspondían, aproximadamente, a la antigua Galia, es decir, a la parte de Europa comprendida entre el mar al noroeste, al oeste y al suroeste; los Pirineos, el Mediterráneo y los Alpes, al sur y al sudeste; el Rhin, al este y al nordeste, menos una parte de los territorios enclavados en la orilla izquierda del Rhin. Sin embargo, grande sería vuestra equivocación si pensáseis que desde ese momento se había constituido en dicho territorio un Reino francés. No ignorais, en efecto, que durante la segunda mitad del siglo ix y durante el siglo x, bajo el imperio de causas que ahora no he de escrudiñar, se estableció en toda Europa una organización social y política a la vez: el régimen feudal, que se caracteriza por el hecho de que todos los hombres están unidos los unos a los otros por una serie de derechos y de deberes recíprocos en conexión con el carácter de la tierra que retienen, desde el rey, que está en la cúspide de la escala, el señor feudal superior, hasta el siervo, que ocupa el último peldaño de la escala. La soberanía al estilo romano, el *imperium*, ha desaparecido casi por completo, ha sido reemplazada por el señorío. El señor retiene cierta tierra, y porque retiene esta tierra, tiene deberes. Tiene, desde luego, el deber de dar

ayuda y protección a sus vasallos, y en cambio, los vasallos le deben servicios, especialmente el servicio de hueste, es decir, el servicio militar cuando el señor lo demanda, y el servicio de ayuda, o sea ciertos censos pecuniarios.

El rey no es sino el señor feudal superior, aun cuando en los comienzos de la Monarquía capetana, algunos de sus vasallos son más poderosos que él. Pero, no obstante, ha conservado algo del *imperium* romano, que se traduce en una fórmula que encuentro muy bella y que os ruego tengais a bien retener, porque ha desempeñado un papel importante, en la evolución de la cual ha salido la nación francesa, y además, porque ha permanecido en el fondo de todas las conciencias francesas, y finalmente, porque desde hace diez siglos ha inspirado siempre el concepto que nos formamos en Francia del Estado y del papel de los gobernantes. Las fórmulas han cambiado, pero la idea fundamental sigue siendo la misma, y desde el siglo x, al principio de la Monarquía capetana, está expresada por estas palabras: "El rey debe asegurar el orden y la paz por la justicia." Fórmula fecunda, puesto que afirma que el detentador del Poder público tiene más bien deberes que derechos, siendo el principal de aqué-

llos asegurar el orden y la paz. Fórmula fecunda, puesto que afirma también que el que retiene el Poder público no puede obrar jamás sino conforme a la justicia, y logra que así la idea de justicia aparezca en primer término, en el mismo umbral de la ruta larga, laboriosa, que debe conducir a la formación de la nación francesa.

Veremos más tarde cómo la noción del deber de organizar los servicios públicos, para asegurar, conforme a justicia, la satisfacción de las necesidades físicas y morales de los individuos, ha sustituido a la noción del Poder autoritario, del derecho soberano de los gobernantes. Esta transformación capital encuentra así su primer germen en esta fórmula de la Edad Media: “El rey de Francia debe asegurar el orden y la paz por la justicia.”

II

Este poder perteneciente al rey de Francia, o más bien este deber que le fué impuesto, constituyó el primer elemento de centralización política en Francia. Al mismo tiempo, fué un factor importante en nuestra formación nacional. Esto no puede ser discutido, y vemos, por consiguiente,

aparecer la primera prueba de lo que decía al principio, es a saber, que la unidad nacional francesa ha sido constituida, ante todo, por una fuerza procedente de abajo, por una fuerza verdaderamente popular. Esta idea de que el rey, señor feudal superior, tenga, sin duda, un poder propio, pero un poder que es consecuencia del deber que le ha sido impuesto por su situación, un poder que no puede ejercer sino en la medida compatible con la justicia, ha nacido en el corazón mismo de los humildes y de los pequeños. No es ésta una idea nacida en el espíritu de los grandes, de los poderosos del mundo; se ha formado en lo más hondo de la conciencia popular, y, lo repito, ella ha sido el primer fermento de nuestra formación nacional.

No quiero decir que no haya habido, en el curso de la historia de Francia, violencias, destrucciones, actos bárbaros e injustos. No quiero decir que la Edad Media haya sido la Edad de oro. Pero afirmo que los que nos presentan la Edad Media francesa como una época de barbarie y de obscuridad, los que, como Renán, nos hablan de la gran noche de la Edad Media, están absolutamente al margen de la verdad histórica. Afirmo que durante los diez siglos de la Edad Media no ha habido tantos actos

de violencia y de crueldad, de destrucción y de pillaje como en los cuatro años de la última guerra, y que el siglo xiii francés puede contarse en el número de las épocas más luminosas de la Historia. Empieza con una victoria ganada por lo que debía ser el núcleo mismo de la nación francesa, por los habitantes de las Comunas, bajo la dirección y guía de la nobleza y del rey: la victoria de Bouvines, ganada por Felipe Augusto en 1214 sobre los ingleses y los imperiales. Punto inicial y glorioso de esta lucha secular contra el inglés primero, y contra el alemán en seguida, para constituir la unidad de la nación francesa. En 1214, en Bouvines, como siete siglos más tarde, en 1914, en el Marne, es el pueblo de Francia el que se alza estremecido contra el invasor y afirma con fuerza irresistible su voluntad de ser él mismo, es decir, de no reconocer en el suelo que habita otra dominación que la que él libremente se ha dado, y a la cual pide el orden y la paz por la justicia.

Llegamos así a los siglos xiv y xv, época en que la nación francesa va a constituirse definitivamente, y eso, como ya lo he hecho notar, contra Inglaterra, durante esta larga guerra que ha llenado todo un siglo, la guerra de cien años, que acaba por una

victoria completamente francesa, la batalla de Castillón, en 1453, la cual desliga definitivamente de la dominación inglesa toda la parte sudoeste de Francia.

Durante esta lucha secular contra la dominación extranjera, ¿quién ha despertado el sentimiento nacional que parecía dormido, quién ha encarnado la defensa nacional? Una humilde hija del pueblo, nacida en la Lorena, que audazmente se ha pretendido asegurar que no era tierra francesa.

Lejos de mí la idea de discutir la historia de Juana de Arco. Si hablo de Juana de Arco es únicamente como sociólogo, no como historiador. Quiero decir, por tanto, que en la historia de Juana de Arco no veo sino un hecho social cuyos detalles, verdaderos o falsos, me importan poco; un hecho que nos revela aún cómo la voluntad que ha formado el alma nacional francesa no ha sido una voluntad procedente de arriba, sino una voluntad que venía de abajo. Juana de Arco simboliza y sintetiza esta voluntad colectiva de la masa popular, que se ha levantado para echar fuera al inglés en el siglo xv, como el ejército francés, exclusivamente nacional, se ha erguido en la misma actitud a las orillas del Marne y en los barrancos de Verdún en 1914 y en

1916. Juana de Arco en el siglo xv simboliza el alma nacional igual que el “peludo” en 1914. En el siglo xx, como en el xv, el alma nacional se revela y vibra espontáneamente en la masa profunda del pueblo.

III

A mediados del siglo xv queda, pues, definitivamente constituida la unidad nacional francesa. Iba a sostenerse y a reforzarse en el interior, bajo la acción de la Monarquía, que completa lo hecho por el pueblo, y en el exterior, por la necesidad de la defensa contra la Alemania imperial, o, más bien, contra el Imperio germánico, ya que Alemania verdaderamente no existía aún, y únicamente había alemanes sometidos al poder imperial.

Si echáis una mirada sobre un mapa de Francia, os daréis cuenta fácilmente de la razón por la cual ha sido luchando contra el Imperio alemán, cómo nuestra unidad nacional se ha consolidado, así como ha conquistado la fuerza de resistencia y la indisoluble estructura que ha causado la admiración y logrado el respeto del mundo. Francia tiene fronteras naturales al Oeste, al Sur y Sudeste; pero al Este, al Nordeste

y al Norte su frontera está abierta. Es preciso, pues, defenderla, y defenderla contra ese depósito inagotable de pueblos que forman la Europa central. Todas las guerras de los siglos xvi, xvii y xviii, las guerras de la Revolución y del Imperio, todas se explican por la necesidad para la nación francesa de defenderse contra sus vecinos del Este. Que Francia, en algunos momentos, haya sentido deseos de conquista, que algunas veces haya practicado, como hoy se dice, una política imperialista, no lo discuto en lo que afecta a los tiempos de Luis XIV y de Napoleón I. ¿Y no puede sostenerse aún, en cuanto a los ejércitos de Napoleón, que era un imperialismo de conquistas morales y de ideas más bien que un imperialismo de conquistas materiales y territoriales lo que les guiaba y arrastraba? De cualquier modo que sea, este espíritu de conquista no dura más que un instante. En conjunto, lo que digo es indiscutible, aunque sea diversamente explicable. Toda la vida exterior de Francia desde hace tres siglos, toda su vida internacional se ha desarrollado conforme al hecho ineludible de la necesidad de defenderse contra la invasión alemana, de proteger su frontera del Este para salvaguardar su unidad e independencia nacionales.

Terminada la guerra de los cien años, dos momentos solemnes señalan las etapas de esta lucha enérgica, incansable, fatal, del pueblo de Francia contra el enemigo del Este; dos nombres que llenan el mundo y que serán pronunciados en tanto que existan hombres y piensen y hablen, puesto que simbolizan mejor que todos los demás la voluntad inquebrantable de un pueblo que quiere guardar la libre posesión de su suelo y cumplir plenamente, por él y con él, la misión que el Destino le ha confiado: *Valmy* y el *Marne*. Valmy, en 1792; el Marne, en 1914; dos victorias del pueblo de Francia contra el enemigo hereditario. El voluntario de 1792 y el soldado de 1914 pueden darse la mano; uno y otro han mostrado al mundo con singular elocuencia el alma siempre viva de la patria francesa, alzándose contra el enemigo siempre renaciente.

IV

Mientras el pueblo de Francia se constituía así en nación, ¿qué pasaba en Alemania? El régimen feudal se había establecido más allá del Rhin poco más o menos en la misma época que en Francia, con la diferencia, sin embargo, de que la mayor parte

de los señoríos procedían directamente del emperador germánico y no existía, de una manera general, como en Francia, una jerarquía de tierras correspondiente a una jerarquía de personas, jerarquía de vasallos y de señores feudales superiores. El emperador es elegido, y obligadamente su poder es limitado por el de los príncipes electores. Antes del siglo xix no existía vestigio de nación alemana en parte alguna. La larga guerra de los treinta años, nacida de la Reforma luterana, termina en el Tratado de Westfalia en 1648, y Alemania se encuentra dividida en infinidad de señoríos, de principados vasallos del emperador germánico, cuyo prestigio va además disminuyendo cada día. Pero a fines del siglo xvii, uno de estos principados adquiere excepcional importancia y afirma su acción con una energía poco común. No es una nación que se revela. No; es un gobierno que quiere imponerse. El elector de Brandeburgo llega a ser rey de Prusia en 1701. Un Gobierno militar, exclusivamente militar, se constituye allí. Prusia, se ha dicho justamente, no es una nación, no es tampoco un Gobierno; es un ejército. Digamos que es un Gobierno militar, una potencia militar completamente reconcentrada en la mano del rey.

El Gobierno militar prusiano va a formar, ante todo, la nación alemana, a crear su unidad y su individualidad. Digo, ante todo, porque, como hacía observar al comienzo de esta lección, es preciso no desconocer que otros elementos amén del Poder prusiano han concurrido a formar la nación alemana. Es necesario no olvidar que, bajo la acción de fuertes individualidades, como Fichte, por ejemplo, cuyo “Discurso a la nación alemana” ejerció una influencia considerable, hubo en 1813 un resurgir vigoroso del espíritu nacional alemán que ha secundado poderosamente la obra de centralización y unificación emprendida por Prusia.

Para constituir la unidad nacional de Alemania bajo la hegemonía de Prusia, era preciso, ante todo, destruir el poder del emperador germánico que reinaba en Viena, y era preciso, por otra parte, aniquilar la potencia francesa, que no podía tolerar jamás ver al lado de su frontera abierta una gran unidad nacional, gran potencia militar al mismo tiempo.

Desde Federico II, toda la política prusiana se refiere a esta doble idea; su esfuerzo constante tiende a este doble fin. Así, la obra de la formación alemana es la de un poder político que tiende a realizarla me-

dian­te la humilla­ción de otro poder no te­niendo el apoyo de una na­ción, y tam­bién por el mismo aniquila­miento de una anti­gua y gran na­ción que quiere vivir indepen­diente en su terri­torio y no soportará que se le impida.

Retened estas dos ideas y comprenderéis toda la historia de Alemania durante los dos últimos siglos. Está en primer lugar la guerra de siete años contra Austria y Francia, que acaba en el Tratado de París, en 1760, por la victoria de Prusia. Durante las guerras de la Revolución y del Imperio, Prusia y Austria se asocian contra Napoleón. Pero inmediatamente después de la caída del gran emperador, reaparece la rivalidad. Los Tratados de Viena (1814-1815) crean la Confederación germánica, de la que forman parte gran número de pequeños reinos y principados, pero donde Prusia y Austria van, naturalmente, a disputarse la primacía. Un hombre de genio, el príncipe de Bismarck, sabrá asegurarla a su país, y cuando estalla la guerra de 1866, el prestigio de Austria está ya bastante disminuído.

Después de Sadowa, en 1866, Austria es excluída de la Confederación germánica. Esta, además, desaparece para dejar sitio a la Confederación de la Alemania del Nor-

te, de la que forman parte, bajo la presidencia del rey de Prusia, todos los Estados alemanes, salvo los situados al sur de la línea del Main, Baviera, Wurtemberg y el ducado de Baden. Para que la unidad imperial alemana fuese un hecho, faltaba debilitar suficientemente a Francia, a fin de que no pudiera oponerse a la reunión de todas las tierras alemanas y de todos los pueblos existentes en ellas bajo la autoridad del rey de Prusia hecho emperador alemán. Bismarck, dando un paso en falso, del que más tarde se envaneció, desencadena la guerra francoalemana de 1870-1871. Abandonada por las grandes potencias de Europa, que cuarenta y cuatro años después habían de comprender al fin su grave error, Francia es vencida. Se le amputan la Alsacia y la Lorena; el imperio alemán se constituye, y el rey de Prusia es proclamado emperador de Alemania.

A partir de este momento existe, no hay que dudarlo, una nación alemana unificada. No son pueblos sin lazo alguno entre ellos los que han sido colocados bajo la dominación de los Hoenzollern, como los pueblos sometidos a los Habsburgos. No; existe una nación alemana, existe una estrecha interdependencia entre todos los individuos que la componen. Pero la fuerza que, sobre

todo, ha provocado y realizado esta interdependencia no es, según la expresión de que ya me he servido, una fuerza procedente de abajo, de las mismas entrañas del pueblo: es una fuerza procedente de arriba; es el Estado militar prusiano el que ha hecho la nación alemana, y la ha hecho, además, a su imagen y semejanza.

V

Como antes hice observar, no quiere decir esto que no haya habido en Alemania otro lazo nacional que el procedente de la subordinación al poder prusiano de todo el territorio alemán. Si así hubiese sido, habría sido bien frágil la unidad nacional alemana. Quiero decir solamente que la formación de la nación alemana ha sido provocada, dirigida por el poder prusiano, mientras que, por el contrario, la unidad nacional francesa ha sido una creación espontánea del pueblo mismo. Al otro lado del Rhin, la interdependencia entre los individuos y la voluntad de vivir en una comunidad nacional han sido elementos secundarios puestos en práctica por un poder de arriba. En Francia, el elemento ante todo generador de la formación nacional ha sido

la voluntad del pueblo de Francia, y la Monarquía no ha desempeñado, en suma, sino un papel secundario. Esto basta para señalar una diferencia profunda entre las dos naciones, diferencia que fácilmente podría mostrarse, y se manifiesta claramente en las producciones de su literatura, en los conceptos de sus filósofos, en las teorías de sus juristas.

Además, la prueba de que la nación alemana, creada por el poder militar de Prusia, no es, a pesar de todo, una obra artificial, está en que ha sobrevivido, y en que aún, acaso, sobreviva reforzada sobre el hundimiento militar de Prusia, consagrado por el Tratado de Versalles a consecuencia de la gran guerra. Se ha reprochado a los que lo redactaron, de los que se dice "eran dueños de la situación", haber tratado con Alemania en lugar de tratar con los diversos Estados cuya reunión formaba el Imperio alemán; se les ha reprochado no haber suprimido la unidad política de Alemania y restablecido la Alemania dividida del Tratado de Westfalia. El reproche no tiene otro fundamento que el que recordaba en la lección última, o sea el de no haber creado una gran Austria que sirviese de contrapeso a Alemania. Los autores del Tratado de Versalles no podían hacer un Austria fuerte

porque no existía una nación austriaca que sirviese de apoyo a su poder. Tampoco podían crear una Alemania dividida, porque después de 1870, creó su unidad nacional, que ella misma reforzó fuertemente, y una unidad nacional, cuando verdaderamente existe, no se rompe porque así lo quieran algunos hombres graves reunidos en torno a una mesa. El poder militar prusiano ha hecho la nación alemana; el poder militar prusiano ha sido vencido; pero la nación alemana subsiste, sin embargo. Que ello sea de otro modo no depende de la voluntad de los diplomáticos.

Diré también que por una consecuencia aparentemente paradójica de la guerra, a pesar de la derrota de Alemania, su unificación nacional me parece reforzada hoy, o por lo menos más completa que en 1914. En efecto, cuando reinaban dinastías principescas en los diferentes Estados del Imperio alemán, existía allí un poderoso elemento de descentralización política y de resistencia a la unificación completa de Alemania bajo la soberanía de Berlín. En un solo día, y al mismo tiempo, todas esas dinastías se desplomaron unas tras otras. La República alemana ha sido proclamada; se ha dado a sí misma una Constitución, votada por una Asamblea nacional, elegida en un

sufragio universal liberal hasta lo posible. Los Estados particulares subsisten, pero privados de su príncipe, se encuentran sin fuerza y sin acción, y el Reich republicano es un Estado nacional más unido, centralizado y con mayor fuerza, bajo el punto de vista político, que lo era el Reich imperial.

Lo siento de veras, por mi país; pero, como sociólogo, debo hacerlo constar, y espero que los hombres políticos de las potencias que han sido aliadas y asociadas en la guerra del derecho lo comprenderán y sabrán obrar en consecuencia. Que no se acuse a los diplomáticos de no haber impedido el hecho que señalo. Los hechos son más fuertes que los hombres, y allí existía y se imponía una realidad inevitable. Esta interesa más directamente a Francia, pero sería engañarse enormemente el creer que una nación cualquiera, aun separada de Europa por un inmenso Océano, pueda desinteresarse de ella.

Hemos terminado así el estudio de la nación, primer elemento de la soberanía nacional. ¿Qué es preciso entender ahora por soberanía y cómo esta noción de soberanía evoluciona? Esto es lo que nos falta estudiar, considerando, especialmente, tres naciones: Francia, los Estados Unidos y Alemania.